

De nuevo en la Presa de Bolarque con el Tajo por monterá.

Juan José Fernández Delgado

Por cuarto año consecutivo, el Ateneo Científico y Literario de Toledo y su Provincia ha convocado una excursión a la presa de Bolarque, apoyado en el inestimable cayado de la Plataforma de la Defensa del Tajo y en la amistad prolongada de su presidente, Alejandro Cano. Y es que el Ateneo pretende que esta excursión se convierta en un antes y un después para quienes no conozcan la feroz tropelía que contra el río Tajo allí se comete, aderezada después, en los alrededores de Aranjuez, con el atropello que destroza una magna lección de geografía aprendida en la infancia: que el Jarama es un afluente del Tajo al que tributa por la derecha en esas riberas de la Mesa de Ocaña. Y digo “destroza una lección de geografía” porque, a ojos vista, es el hilillo del Tajo el que, después de regar generosamente las huertas azafrañeras de Aranjuez, desemboca en la repugnante corriente jarameña. ¡Ay, aquella ribera regada por el río Jarama que alimentaba toros bravos de raza y genio y ahora tiene troncos podridos y olores nauseabundos!

En primer lugar, pretendemos que se conozcan esas tremendas aberraciones, concienciar a los visitantes del tremendo problema y, por último, crear opinión y exponerla, rabiosamente doloridos, donde sea menester. Y de eso se trata, de dar a conocer esas barbaridades y protestar contra ellas doloridos, porque duele lo que se ama. Lo demás es lo de menos, porque nos resultará indiferente. Pero lo que amamos, si se maltrata, si se desprecia, si se arrasa ha de dolernos por razones de *necesaria necesidad*.

Cuando llegamos los primeros excursionistas a la vera del Centro Cultural “San Ildefonso” (o lo que sea), ya esperaba el autobús que, poco a poco, nos fue engullendo en su insaciable estómago de metal, de modo que a las nueve en punto la emprendimos hasta Aranjuez para asistir en directo al desmoronamiento de aquella lección de geografía aprendida en *Mis Primeros Pasos* escolares. Exacto, después de caminar un kilómetro, o muy poco más, por un camino alfombrado y acotado por huertas y hojas de trigo y de maíz, llegamos a la tremenda e insólita aberración: el hilillo del Tajo (luego lo veremos nacer), que acaba de regar las huertas del Real Sitio, es engullido sin remisión posible por la enorme masa cenicienta del Jarama que, además, ya arrastra el vomitorio madrileño ofertado por el Manzanares. Allí, ahí, en los aldeaños hortelanos, se encuentran el Tajo y su afluente, y surge lo insólito, lo irreal: por la izquierda corre ligero y ufano y confiado el hilillo del Tajo, creyendo que han pasado todas las tropelías y acechanzas humanas y que transitará libre hasta “bien morir” en Lisboa. Pero... vuelve a caer en la celada y es engullido por el Jarama: la sucia corriente lo absorbe para sí y lo hace suyo. No obstante, durante unos doscientos metros –en los que las dos corrientes enseñan sus diferentes aguas, sus diferentes colores y olores y, presumiblemente, también sus respectivos sabores-, corren paralelos a nuestros pies: el hilillo del Tajo, asustado y celoso de su pulcritud como el armiño, no quiere cuentas con semejante compañía, puerca e infecciosa. Pero al cabo de la escasa tregua, en un recodo insalvable de la corriente, el hilillo, gentil y generoso, desaparece por engullimiento de la corriente mayor.

Después, con el amargor de la mañana ya saboreado, nos adentramos unos metros más por la senda y vemos el hilillo, verdecido por su ingenuidad, correr ligero y alegre porque ha cumplido con su deber de dar vida a canales, acequias y a aspersores hortelanos. Y esta ingenuidad ahonda el dolor y lo hace más áspero.

...Y regresamos al estómago del autobús que nos lleva a la cantina de la hermosa estación del tren para que desayune o tome las doce quien lo desee. Es magnífica, de corte

neomudéjar con altos zócalos de cerámica, y conserva todo su encanto de antaño: soldados de reemplazo..., despedidas, encuentros; prisas, esperas ilusionadas y decepcionantes otras... Y el reloj orondo sobresaliendo en la pared, y los andenes que se cruzan con direcciones ajenas y lejanas, y los bancos y el silbato anunciador... Me despertó un montón de sensaciones y de recuerdos, pero me atrapó la simpatía con que en el bar anuncian las raciones y los bocadillos: todos se nombran con oficios ferroviarios, ¡ay!, ya desaparecidos: Ferroviario (ternera, huevo, cebolla frita); Maquinista (Pepito de ternera); Mozo de equipajes (bacon, cebolla frita); Guardabarreras, Obrero de primera, Guardaguasas, Interventor, Capataz (lomo, jamón y queso); Escopetero, Mozo de enganche, Guardavías, Guardafrenos (jamón serrano plancha y huevos); Guardanoches (atún, tomate), Jefe de estación, Avisador (atún con pimiento verde) y Lamparero (pollo asado y miel). Además, sobre otra pared cuelga el siguiente “Aviso del Bar” de la estación: “Si alguna novia o mujer llama y pregunta por usted”, aquí tiene “nuestras tarifas” de las respuestas que elija: “Se acaba de ir, 5 euros; Está de camino, 7; No, aquí no está, 9; No lo conocemos, 15” euritos...

La nostalgia afloraba ya con firmeza cuando la emprendimos hacia el embalse de Bolarque. Eran las 12:30 horas en el orondo reloj de la estación, y no se detuvo el autobús hasta las lindes de la provincia de Guadalajara para observar, doloridos, una de las tres formas en que se desarrolla el cauce del trasvase, en este caso a ojos vista: el canal es una especie de artesón invertido de casi cuatro metros de altura, tres de ancho en el fondo y diez metros, diez, de boca insaciable, por el que huye a enorme velocidad el verde caudal del Tajo que aún conserva los recuerdos de los pinares de la serranía de Cuenca. Unos quinientos metros más adelante, ya en tierras de Guadalajara, el formato del trasvase se esconde en forma de túnel que ha de atravesar las entrañas de los montes; y la última manera es en forma de acueducto, para salvar valles y hondonadas y cauces de otros ríos; y más adelante, el embalse de La Bujeda, donde llega el agua bombeada desde la presa de Bolarque por dos enormes tubos de tres metros y medio de diámetros para salvar la cumbre de Altomira. Y desde La Bujeda, apalabrado por el estruendoso nombre de “El Mar de Castilla”, como pregonan varios cartelones en Albalate de Zorita, el agua robada emprende un recorrido de 93 kilómetros hasta llegar al embalse de Alarcón mediante esas tres formas señaladas: canal, túnel y acueducto. Zorita de los Canes, Almonacid de Zorita y su polideportivo “León Felipe” llamado, para recordar que ahí ejerció como farmacéutico el poeta así llamado. Aquí, en Almonacid, el poeta, además, terminó su libro *Versos y oraciones de caminante* y, probablemente, escribiera su poema “Romero solo”.

Y ya estamos a poco más de tiro de ballesta de la presa de Bolarque, idílico paraje donde al Tajo su nombre roban... En este paraje todo está relacionado con el agua: varios molinos harineros que hacendosos fueron; turbinas y centrales eléctrica, y canales, y fuentes, y los tubos con anillos de gusanos, huidizos y trepadores por la cumbre de Altomira; y los árboles preñados ya de frutos ciertos, y la alfombra verde del paisaje, y una señal indicadora de la altura alcanzada por una inmensa riada en 1941; y el agua detenida, aprisionada, y el caudal del gran río en el gran sobresalto del paredón; y la gracia del Guadiela que acude, generoso y risueño, a tributar al río mayor...

Y por aquellos alrededores dimos cuenta de la vianda que cada cual se había preparado. Y reparando en la amplia planicie de la laguna... Parando mientes en la despreocupación del Tajo con que nace en Albarracín, diminuto e insignificante, creciendo, luego, entre sierras y pinares, y siempre libre y tesoneramente descuidado labrándose su cauce hasta asomar entre el hueco de esas dos moles rocosas del fondo, caigo en la inmensidad de la celada; y recogiendo la vista hacia la derecha, más cerca de donde observo y miro, se duele, traicionado también, el Guadiela, pues acude risueño a cumplir con su deber de tributario y cae igualmente en la celada, y ya no hay lugar para retroceder.

Y reparando en la amplia planicie de la laguna –llanto del Tajo y del Guadiela-, la brisa peina y juega y riza la faz del agua que se empecina en querer regresarse a sus orígenes libres y descuidados, pero... Pero ya no hay lugar para doblegar la asechanza traidora. Y reparando en el inmenso e insaciable estómago voraz de los tubos succionadores –verdaderos gusanos anillados-del verdadero nombre del río Tajo, los sentimientos de rebeldía y de impotencia chocan y encienden el ánimo dolorido. Sí, es un dolorido sentir lo que invade el ánimo...

Por lo alto, una familia de águilas traza círculos concéntricos... Y nosotros, con la tarde mediada, visitamos el Museo Bolarque, inaugurado hace un año, que no sólo da cuenta del desarrollo hidroeléctrico en Bolarque sino en toda España, mostrando elementos y aparatos utilizados en distintas épocas para producir energía mediante la fuerza del agua. Y, al final...

Al final, con la tarde ganada y con el ánimo apabullado, pero con la decisión de no decaer en la tarea de la protesta por tanta atrocidad, regresamos dolorosamente entristecidos porque duele lo que se ama.